

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 154

Sermón predicado el 3 de enero de 1811, en la iglesia de la Compañía de Jesús por el doctor don José María Zenón y Mejía

SERMÓN

Predicado con término de tres días el 3 de enero de 1811, por el americano doctor don José María Zenon y Mejía, presbítero de Michoacán, catedrático de prima de sagrada teología escolástica, en el real y primitivo colegio de San Nicolás obispo de la ciudad de Valladolid, en la iglesia de la Compañía de Jesús de dicha ciudad, en la función solemne que con el santísimo patente, hicieron los europeos prisioneros en la acción de gracias, por haberse libertado de la esclavitud de Hidalgo.

Cantemos Domino: gloriose enim magnificatus est. Exod. C. 15 V. 21.

Con estas palabras mandó Moisés que Israel tributara al poderoso dios de los ejércitos las más humildes y reverentes gracias por la multitud de beneficios que se había dignado dispensarle, libertándolo de la dura esclavitud de faraón; pero con mayor razón, y con motivo más poderoso deben ser ellas misma la expresión con que nosotros expliquemos el gozo extraordinario de nuestra alma, al ver que se rompen ya las duras cadenas con que el infame Hidalgo, corifeo abominable de los insurgentes, oprimía nuestra libertad, queriendo envolvernos en la dilatada serie de sus espantosos crímenes: *Cantemos Dominio etcétera*. Porque, católicos: si revolvemos los venerables fastos de las historias sagradas, y examinamos con profunda atención la conducta del cruel monarca de Egipto contra el pueblo escogido del señor; si después de esto atendemos a todo cuanto nosotros mismos hemos presenciado desde aquel momento infausto en que resonó por nuestro país la voz insolente de la revolución; si damos una ojeada por nuestros campos devastados; si

miramos nuestro suelo teñido con la sangre inocente de los europeos, nuestros hermanos; si atendemos a nuestras familias destruidas, a nuestras posesiones usurpadas, a la inacción de nuestras artes, a nuestro sistema político, y sobre todo a nuestra religión santa ultrajada y vilmente proscrita; si en fin examinamos los arbitrios de que se ha válido el corifeo de los insurgentes, y aquéllos de que usó el injusto opresor de los hebreos para perpetuar la esclavitud, y aún para destruir la generación santa de Israel, hallaremos (dadme atención) que los medios de que se ha servido Hidalgo para su insurrección insolente, son más inicuos y abominables, que aquéllos de que usó faraón para oprimir al pueblo escogido de Israel. Ved aquí, señores, todo el asunto de mi discurso, para el que os suplico que pulséis las poderosas razones en que me fundo. Quizá con ellas lograré desengañar a esas almas incautas y demasiado débiles, que se dejan seducir con frivolidades ridículas. Y quizá también confundiré a esos espíritus insolentes y atrevidos, a esos hombres temerarios que vuelven la cara para no ver la luz de la razón, y cierran los oídos para no escuchar las voces de nuestra madre la Iglesia, ni los clamores de la tierna naturaleza, ni los sentimientos de la amable patria.

Soberano señor, que oculto bajo esas sacramentales especies, no sólo manifestáis un testimonio auténtico de vuestro amor inefable, sino también una prueba nada equívoca de vuestra omnipotencia divina; dignaos comunicar a mis palabras la eficacia que necesitan para promulgar dignamente las verdades de vuestro evangelio santo. Así os lo pido por intercesión de vuestra madre purísima, a quien saludo con el ángel.

AVE MARIA

Cantemos domino: gloriose enim magnificatus est. Exod. ubi supra

SOBERANO SEÑOR SACRAMENTADO

El impío Faraón, ejemplo de la crueldad más inhumana, y de la obstinación más execrable,

para mantener bajo su dura esclavitud al pueblo de Israel pretextó lo primero: que ignoraba la existencia de aquel Dios omnipotente, a cuyo santo le hablaba Moisés: *nescio Dominum; et Israel non dimittam*. Determinó lo segundo sofocar a los infantes Israelitas en el tiempo mismo de su nacimiento por medio de Sephora y Phur parteras célebres de Egipto: *si masculus fuerit, interficite eum*. Lo tercero en fin de que se valió, fue oprimir a sólo el pueblo hebreo con incesantes trabajos, franqueando a los egipcios, por una especie de política, todo cuanto podían apetecer para la satisfacción de sus deseos, sin dar un solo paso en contra de sus personas, de sus familias, ni de sus bienes: *oprimantur (Hebraei) operibus... ut non quiescant... nequaquam ultró dabitís paleas populo*. Conducta ciertamente abominable, y que con razón excitó contra aquel obcecado rey, y contra su numeroso pueblo las venganzas terribles del señor. Pero, católicos, avivad vuestra atención y veréis que los medios de que se ha válido Hidalgo para su insurrección han sido más inicuos que la conducta de faraón contra el pueblo de Israel.

Igualmente que Moisés contra los procedimientos de faraón clama la religión divina contra la conducta de Hidalgo. Aquel profeta santo intima la orden del señor al monarca más cruel de Egipto, que pretexta ignorar la existencia del Dios de Abraham y de Jacob; asegura que no conoce al supremo autor de su propio ser, y de todo lo criado, que según la doctrina del común de los teólogos, no puede ocultarse al entendimiento menos perspicaz, cuando éste disfruta ya el uso perfecto de su razón. De suerte que según el dictamen de un rey idólatra; según los sentimientos de su corazón el más corrompido y obstinado, es incompatible el conocimiento del Dios de Israel con la opresión de su pueblo; y sólo con la ignorancia de su ser divino podría conciliarse la captura y servidumbre de la nación hebrea. *Nescio Dominum, et Israel non dimittam*. Disculpa necia y extravagante, aunque a la verdad, arguye cierta humillación y respeto, cierta consideración a la majestad eterna del

señor.

Pero Hidalgo, el sacrílego Hidalgo, ese hombre infame, autor de todos nuestros males, afrenta de nuestra nación, y deshonor de la Nueva España, confiesa la existencia de un Dios omnipotente; y no obstante libra todo su deleite en quebrantar, y en hacer que otros quebranten los preceptos más sagrados de la ley divina. Trata de hacernos creer que es verdadero cristiano, hijo fiel de la Iglesia, adorador humilde de Jesucristo, y párroco el más exacto y escrupuloso en el cumplimiento de su alto ministerio, y el carácter que por sus obras inicuas distingue ignominiosamente aún entre las naciones más bárbaras, es un odio implacable contra el prójimo, el hurto público, el homicidio más sangriento, el libertinaje más insolente, y la disolución más escandalosa. Él mismo vocea entre sus cuadrillas infames la veneración profunda que le consagra siempre a la verdadera madre de Dios y no obstante se vale de la imagen venerable de Guadalupe, como de un preámbulo a sus rapiñas, o por mejor decir, como de un justificante para sus crímenes. Él mismo dice, en ese papel insolente y seductor que hizo publicar en las calles de Valladolid, en las comunidades religiosas, en los colegios de educandas; y aún entre las esposas de Jesucristo, dice (repito) que siempre se ha humillado a la voz penetrante de la religión sagrada y sujetándose a los preceptos de la Iglesia; y no obstante ultraja en el mismo manifiesto, con expresiones las más denigrativas a el tribunal Santo de la Fe, que con su acostumbrada rectitud fidelidad exacta y escrupulosa le sustanció por espacio de nueve años, y le comprobó plenamente las herejías más horribles y escandalosas. Él mismo asegura en el dicho manifiesto, que ha desempeñado con fidelidad religiosa el ministerio sagrado de párroco en los dos pueblos miserables que tuvieron la desgracia de vivir bajo de su dirección espiritual; y no obstante su lengua sacrílega que tantas veces profirió en las sacrosantas aras del altar las palabras de la consagración, haciendo que a sus indignas manos bajase el unigénito del padre; es la

misma, católicos, con que ha pronunciado sentencia de muerte contra unos hombres, que sobre ser inocentes, no están sujetos a su jurisdicción ni dominio. Las mismas manos que tantas veces sostuvieron al sacramento adorable de la eucaristía están criminalmente manchadas con la sangre de humanas víctimas sacrificadas a su furor; él mismo, en fin, se gloria de observar con fidelidad y exactitud las máximas del Evangelio, y los preceptos de nuestra ley santa; y no obstante es el primero que con sus palabras y con sus obras quebranta el juramento de fidelidad que solemnemente hizo a nuestro legítimo soberano el señor DON FERNANDO VII, y al sabio gobierno que a su nombre nos dirige. Es el primero que usurpa su real erario; el primero que persigue a sus fieles vasallos; el primero que devasta su reino, y que da motivo bastante justo para que el rumor sangriento de Marte turbe la tranquilidad, que por el dilatado espacio de trescientos años había disfrutado nuestra América. ¡Qué contradicciones tan monstruosas! ¡Qué conducta tan inicua! y aún mucho más criminal que la del impío faraón contra el pueblo de Israel, cuyo Dios pretextaba ignorar: *nescio Dominum*.

Es verdad que este obstinado monarca de Egipto, no quedó plenamente satisfecho con mantener a Israel bajo su esclavitud y servidumbre, sino que también decretó injustamente su muerte, y la sed ardiente de su alma demasiado cruel, sólo quería saciarse con la sangre del pueblo hebreo. Pero, señores, reflexionad que esta sentencia fulminada por faraón fue bajo el mayor secreto, encargando por tanto su ejecución a Espora y Phur, parteras de Egipto; y su decreto no se extendió a la generación, por entonces presente de Israel, sino solamente a la sucesión varonil. *Simasculus fuerit, interficite eum*. Pero el cruel, el inhumano y sangriento Hidalgo ¿ha tenido acaso impedimento alguno para decretar con publicidad la muerte, no ya de la sucesión de los europeos, sino de estos mismos hombres a quiénes tan injustamente ha perseguido? Vosotros, valisoletanos, vosotros habéis visto salir

por vuestras calles públicas, y en la mitad del día, a ochenta y tantos europeos con las señales todas del último suplicio. No faltan entre vosotros y principalmente entre los aldeanos inmediatos, quienes hayan visto a aquellas víctimas infelices arrojadas entre los peñascos, cubierta de heridas, vergonzosamente desnudas y hechas pastos de los animales. Yo, yo mismo soy testigo de que casi en los extramuros de esta ciudad, y muy inmediato a un camino real está el campo manchado de sangre, que se conoce ser humana por los huesos recién descarnados que le rodean; por los cabellos que revolotean a impulsos del aire, y por otras señales que presentan desde luego un testimonio auténtico de la crueldad inaudita de Hidalgo.

De suerte que a este hombre inicuo le sobraron ministros sangrientos que ejecutarán su bárbara sentencia, y el impío faraón no pudo conseguir que las parteras egipcias, enemigas del pueblo hebreo, dieran muerte a los infantes israelitas, como lo asegura expresamente la escritura: *obstretices non fecerunt juxta praceptum Regis Egypti, sed conservabant mares*. Aún mas: los soldados de Egipto no tuvieron valor para arrojar a un caudaloso río a los niños de Israel, según la orden terminante de su monarca: *quidquid masculini sexos Nahum fuerit in flumen projicite*. No se creyeron bastante fuertes para practicar una acción tan inhumana, según se colige de la multitud crecida que formaba el pueblo de Israel, cuando salió para el desierto.

Pero ¡ah! el execrable Hidalgo encontró hombres de todas clases que realizasen su decreto injusto, y que dieran satisfacción a sus deseos depravados. Recordad, señores, recordad digo, la triste y lastimosa escena que presenciamos el día veintiséis del mes próximo pasado, día infausto, día terrible en que las cuadrillas de Hidalgo explicaron la furia infernal de su espíritu. Una confusa y alborotada vocería; los clamores más sanguinarios o e inhumanos resonaban por nuestras calles, pidiendo con ansia la muerte de

los europeos. Ya no se respetaba el sagrado de los conventos, ni la presencia de los sacerdotes, ni las exhortaciones de los ministros de Jesucristo. Tres víctimas se nos presentaron en los corredores de esta casa, y su sangre inocente, que aún humea, clamará siempre a la justicia inexorable del señor. Dos americanos hubieran sido víctimas del furor del pueblo amotinado, si el tiempo mismo en que iban a perder la vida, no hubiera llegado un sacerdote celoso, que tuvo necesidad de arrodillarse ante aquellos bárbaros. Y yo logré la satisfacción de romper los cordeles que fuertemente ataban y conducían para el suplicio a un hijo de esta ciudad. Yo mismo vi a la juventud insolente llevar consigo los despojos humildes de un triste cadáver; vi empuñar las armas a la ancianidad más despreciable; y escuché las voces sangrientas del sexo débil y naturalmente compasivo. ¡Oh gran Dios! ¡Soberano señor sacramentado! Qué infausto, qué lamentable fin no hubiera experimentado esta ciudad desventurada si vuestra majestad eterna conducida en las manos de vuestros ministros no hubiera tenido la dignación inefable de presentarse ante un pueblo desnaturalizado ya, y poseído del furor más inhumano! He aquí, católicos, los resultados horribles que ha producido las seducciones del pérfido Hidalgo. Este hombre intruso y audaz halló, entre los americanos, ministros que dieran satisfacción a sus deseos, cuando ni el mismo faraón rey verdadero de Egipto, pudo hallar entre su pueblo, quienes realizasen su decreto injusto contra Israel. Y aún esto con la notable diferencia, de que faraón usó la política de complacer a los egipcios sin proceder contra sus personas, contra sus familias, ni contra sus bienes; y desahogando la furia de su alma contra sólo el pueblo hebreo: *opprimantur (Hebraei) operibus: ut non quiescant*. Pero Hidalgo, ese autor abominable de la insurrección presente ¿no es verdad que procura exaltarse sobre las ruinas de los mismos americanos, a quienes pretexta sostener, y cuya felicidad, (como él dice) viene a ser objeto único de sus constantes solicitudes? Decidme por vida vuestra: los europeos padres de

familia, que ha perdido ya todos sus bienes ¿no es verdad que son unos puros administradores, o como unos tutores de sus hijos verdaderos americanos? Quizá en este mismo templo me escuchará alguna madre tierna, que rodeada de hijos no tenga un pan con que sustentarlos, ni una ropa humilde con qué cubrirlos; siendo así que en otro tiempo su esposo europeo les facilitaba todo lo necesario para disfrutar una vida cómoda y desahogada. Quizá me estará oyendo algún padre infeliz, cuyo hijo perdió ya la vida por buscar, en seguimiento de Hidalgo, una felicidad igualmente fantástica, que inicua. Pasan ya de treinta mil americanos necios y entusiasmados inicuamente contra las tropas arregladas de nuestro amable soberano FERNANDO VII, que han derramado su sangre, entre tanto que Hidalgo, y sus principales secuaces se ha puesto en vergonzosa fuga. Buscad, señores, buscad por todas partes esa felicidad, que se os ha prometido, y sólo hallaréis la destrucción de vuestras familias, la corrupción de vuestra sociedad, y lo que es más, la relajación de costumbres, y el ultraje más criminalmente hecho a la Iglesia. El aldeano sencillo, el labrador humilde que con el sudor de su rostro fecundaba la tierra para sustentarnos, toma ya las armas, para seguir los pasos del corifeo más horrible, y corre ciegamente por la senda de la iniquidad y del vicio. Nuestras artes liberales y mecánicas no se cultivan; nuestros campos se han devastado; nuestro comercio se ha destruido, el hurto público se ha autorizado con la imagen venerable de Guadalupe, y corre libremente el sacrílego adagio de pronunciar el nombre santo de María para usurpar los bienes ajenos. De suerte, señores, que Hidalgo aniquila y profana todo cuanto tenemos de más amable en la sociedad, y de más sagrado en la iglesia. Él pretexta conocer al Dios verdadero, y ultraja su ley santa, quebrantando, y haciendo que otros quebrantes los preceptos del Evangelio; él se gloria de ser humano, y decreta públicamente la muerte de los europeos inocentes, hallando ministros que realizasen sus decretos. Él promete fundar la felicidad de la América; y la

destruye en todas sus partes, derramando la sangre y usurpando las posesiones de los mismos americanos. En suma, hijos de Valladolid ¿qué viene a ser ese protector fantástico, ese corifeo abominable a quien habéis tenido la desgracia de seguir seducidos (no quisiera decirlo) seducidos y acompañados, aún de algunos ministros de Jesucristo? Es un hombre imperito en la milicia, impolítico en la sociedad, hereje en la religión sagrada, y mucho más criminal que el mismo faraón. Porque siquiera este cruel monarca de Egipto pretextó ignorar la existencia del verdadero Dios, y sus decretos demasiado injustos no se fulminaron con publicidad, ni hallaron ministros para su ejecución, ni se extendieron contra su pueblo, al que procuró siempre complacer en un todo. Luego con más razón que Israel debemos levantar nuestro espíritu, y tributarle al señor las más rendidas gracias por habernos libertado de la cruel esclavitud y dura servidumbre de Hidalgo. *Cantemus Domino: gloriesé enim magnificatus est.*

Y vos, soberano señor: dignaos proteger la justa causa que sostienen las honradas tropas de nuestro legítimo soberano señor DON FERNANDO VII; confudid a los inicuos que conspiran la religión santa; franquead a vuestros fieles hijos los tesoros de vuestra misericordia, y conducidnos por último, a las mansiones de vuestra eterna felicidad.

AMEN.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602